

ABEL BOUHIER (1921-1997) Y GALICIA

José Manuel López Andión
Universidad de Santiago

Resumen: Artículo en homenaje al geógrafo francés Abel Bouhier, recientemente desaparecido (1997), que dedicó gran parte de su vida académica a la investigación sobre Galicia, de lo que es muestra su obra *La Galice. La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*.

Palabras clave: geografía, historia agraria.

Resumé: Cet article est un hommage à Abel Bouhier, récemment disparu (1997), qui a dédié une grande partie de sa vie à la investigation sur la Galice dans son livre *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*.

Mots clef: géographie, histoire agraire.

El 22 de octubre de 1997, a los 76 años de edad, fallecía en Poitiers, en cuya Universidad había impartido docencia durante más de treinta años, el geógrafo Abel Bouhier. Todos los estudiosos del mundo rural gallego (y en especial geógrafos e historiadores) han contraído con él una deuda impagable. Su detallado análisis del “*vieux complexe agraire*” del noroeste peninsular será durante mucho tiempo punto de referencia para quien quiera comprender los orígenes, evolución histórica y pervivencia, hasta fechas muy próximas a nosotros, de un sistema agrario original, con fuerte coherencia interna y rasgos aparentemente “arcaicos”. Antes de centrarnos en su obra mayor, veamos brevemente su trayectoria intelectual previa y sus principales publicaciones sobre la Francia del oeste, su tierra de origen.

La incorporación de Abel Bouhier al Departamento de Geografía de la Universidad de Poitiers se produjo en 1957, en época relativamente tardía, cuando ya tenía a sus espaldas 17 años de ejercicio profesional, primero como maestro, y luego como profesor de la Escuela Normal de Magisterio de Laval. Estas experiencias se reflejan,

sin duda, en la preocupación que siempre tuvo por los problemas pedagógicos y por la calidad de la docencia, así como en la claridad expositiva que es típica de toda su producción científica. Esta se inicia a partir de 1951 con la publicación de diversos artículos sobre los territorios del oeste francés que conocía más directamente: su tierra natal, la Vendée (había nacido en la pequeña ciudad costera de Les Sables d'Olonne); el bajo Maine (Laval, en cuya Escuela de Magisterio impartió clase, es la capital del departamento de la Mayenne); y el Poitou y las Charentes, áreas de reclutamiento de estudiantes de la Universidad de Poitiers, sobre los que, además de sus investigaciones personales, dirigiría múltiples trabajos, especialmente memorias de Licenciatura (Soumagne, 1990). Estas primeras publicaciones se enmarcan en la tradición investigadora típica de la geografía francesa en los años cincuenta, que aún consideraba a la monografía regional como la culminación del trabajo profesional del geógrafo, y en la que los aspectos temáticos más abordados eran la geomorfología (en el campo de la geografía física) y la geografía rural (en lo referido a aspectos humanos). Y ambos temas podían aún entonces interesar al mismo investigador, cosa que una especialización progresiva convertiría luego en algo cada vez más exótico: sirvan como ejemplos por una parte la figura de uno de los geógrafos más influyentes en esos años, el catedrático de la Sorbona André Cholley, ilustre geomorfólogo y autor de un trabajo muy citado (Cholley, 1946) que influiría de modo destacado en las investigaciones de los ruralistas franceses de los años cincuenta, entre ellos el primer trabajo de nuestro autor sobre la cuenca de Laval¹; y por otra la del primero de los directores de la tesis doctoral de A. Bouhier y colega docente durante los años que van de 1957 a 1963 en el departamento de Geografía de Poitiers, Paul Fénelon, que era especialista en morfología kárstica y al mismo tiempo autor de múltiples trabajos de geografía agraria, entre ellos un muy difundido diccionario (para la última versión, bastante ampliada, del mismo, ver Fénelon, 1991).

En este contexto, no resulta extraño que entre las primeras investigaciones de Bouhier haya algunos trabajos de geomorfología, que fue el tema de su Diploma de Estudios Superiores (el equivalente a nuestra memoria de Licenciatura); ni que su tesis doctoral de Universidad, presentada en 1954, sea una monografía regional sobre *La façade maritime du Sud-Vendéen. Étude de géographie physique et humaine*; donde se analizan de manera global todos los aspectos geográficos característicos del

¹ La relación completa de las publicaciones del profesor Bouhier (hasta 1987) puede verse en las páginas 3 a 6 del volumen de homenaje que, con el título *Paysages et sociétés. Péninsule Ibérique, France, Régions Atlantiques*, le dedicó el Centro de Geografía Humana y Social de la Universidad de Poitiers con motivo de su jubilación en 1990. A ella remitimos para las referencias completas de sus investigaciones sobre la Francia del oeste a las que hacemos alusión en el texto. En la bibliografía que acompaña al presente trabajo sólo citamos expresamente sus publicaciones sobre Galicia.

área de estudio. Siempre conservará interés por las relaciones entre el medio físico y la actividad agraria que se desenvuelve sobre él, como se ve en sus análisis comarcas de las formas de organización del espacio agrario gallego, que se inician con una descripción de las unidades geomorfológicas y el potencial edáfico, para ver a continuación la distribución de los *terroirs*; pero sus trabajos posteriores a 1957 apenas incidirán sobre problemas que sean exclusivamente de geografía física. Esta aparecerá siempre en el marco de síntesis regionales de carácter global (por ejemplo, las guías de excursiones universitarias que dirigió) o como trama de fondo en los análisis de actividades agropecuarias. La mayor parte de la obra investigadora de Abel Bouhier se centrará desde entonces en temas de geografía rural. Las principales excepciones son una serie trabajos sobre el espacio litoral vendeano: los que en los años 50 y primeros sesenta dedicó a su función balnearia y turística o a los problemas del cultivo del mejillón, o los que ya después de su jubilación (entre 1991 y 1995) dedicó al estudio pormenorizado de las funciones portuarias, tanto pesqueras como comerciales, de Les Sables d'Olonne, al proceso de periurbanización alrededor de la misma ciudad y a las dificultades de todo tipo por las que atraviesa la pesca en ella y otros puertos de la Vendée. Las demás publicaciones abordan aspectos varios, pero siempre en relación con la vida rural: las transformaciones de los sistemas de cultivos o el papel de algunos de ellos (como el trigo o la vid) en determinados espacios; las formas de cría del ganado; la elaboración artesanal de productos como los quesos o el aguardiente; la tipología y funciones de las viviendas rurales de uso agrícola; la evolución demográfica y sus relaciones con el complejo agrario (tema al que dedicará también bastantes páginas en el caso gallego); la importancia y las formas de uso de las tierras comunales; y de un modo especial, las características de ciertas modalidades de paisaje agrario, como las *gaigneries* del litoral vendeano (el equivalente aproximado de nuestras agras) o el *bocage* de las áreas interiores de su tierra natal y de otras regiones del oeste francés. También es autor (en solitario, o en colaboración con J.B. Humeau) de síntesis globales sobre las transformaciones experimentadas por el espacio rural de la región de Poitou-Charentes en las últimas décadas (desde los años cincuenta a mediados de los ochenta).

Esta relativa heterogeneidad temática tiene un hilo conductor común, el mismo en torno al cual se organizaron las investigaciones de los geógrafos ruralistas franceses ya desde la época de entreguerras: el análisis del hábitat rural (tipología, materiales y funciones de la vivienda; concentración o dispersión de las entidades de poblamiento) y de los paisajes agrarios (campos abiertos o cercados, tipos de cercas, entramado parcelario, servidumbres colectivas o "individualismo agrario"). Ambos aspectos están estrechamente relacionados entre sí, y se desarrollaron a partir de las investigaciones de Albert Demangeon en el primer caso (una síntesis de sus múltiples

trabajos sobre el tema puede verse en su obra póstuma: Demangeon, 1942) y del historiador Marc Bloch en el segundo (su obra fundamental, que marcó la pauta para las investigaciones posteriores en este campo, es la de Bloch, 1931). En ambos casos no se trata de un análisis puramente morfológico, sino que se considera que esas formas externas (la concentración o la dispersión de las viviendas, la presencia o no de cercas, el predominio de parcelas alargadas, macizas o irregulares) reflejan unas determinadas estructuras sociales, un régimen de propiedad y una manera de concebir la organización del espacio rural, y van asociadas a determinados cultivos o producciones ganaderas. Se trata de ver, además, sus orígenes y las sucesivas fases de puesta en funcionamiento, remontándose hacia atrás en el tiempo cuanto sea necesario: la geografía rural francesa mantuvo siempre una estrecha relación con la historia social y económica.

En los años de posguerra se multiplican las investigaciones sobre los orígenes y características actuales del paisaje agrario de las distintas regiones francesas. Destacan las de algunos geógrafos que trabajan en las universidades del oeste, y que tratan de explicar el predominio (aunque no exclusividad) que en esa zona tienen los campos cercados (*enclos*) de un determinado tipo: rodeados de taludes cubiertos por césped, con setos vivos o plantados de árboles (lo que en esos lugares se conoce como *bocage*, y que viene a ser un “enclos verdoyant”); y que van asociados a un poblamiento rural en el que predomina la casa aislada o los núcleos relativamente pequeños; rasgos que se considera además como predominantes no sólo en el antiguo Macizo Armoricano y áreas próximas, sino en buena parte de la Europa atlántica. Entre los más influyentes representantes de esta línea de investigación podemos citar a André Meynier o a Pierre Flatrès. El primero es autor de un conocido manual que plantea los problemas de investigación, precisa los conceptos y describe los principales tipos de paisajes agrarios en el mundo (Meynier, 1970; la primera edición es de 1958); y el segundo, que cuando se jubile Paul Fénélon se hará cargo de la dirección de la tesis de Bouhier, dedica la suya al estudio de los “países celtas” del otro lado del canal de la Mancha (Flatrès, 1957).

Es en este contexto cuando Abel Bouhier decide dedicar su tesis doctoral de Estado a uno de los “finisterres atlánticos” europeos que, se supone, comparte algunos rasgos similares, derivados de una vieja comunidad de civilización agraria, con las tierras que él conoce tan bien; y donde además las características esenciales del antiguo sistema agrario (que no han experimentado aún las transformaciones sufridas por otras regiones de la cornisa cantábrica, por no hablar ya del centro-oeste francés) están mucho mejor conservadas a finales de los años cincuenta que en Vendée o en Bretaña. En 1958 el geógrafo vendeano entra por primera vez en contacto con Galicia, que “presentará” a sus colegas universitarios al acompañar la excursión que los alumnos

de Geografía de la Universidad de Poitiers hacen al noroeste de la Península Ibérica en mayo de 1959. Después de algunos titubeos iniciales, ya que llega a dudar de la viabilidad de su proyecto ante las muchas dificultades que se le plantean, en el verano de 1960 inicia un proceso de recogida exhaustiva de información que se prolongará a lo largo de 15 años, en el que combina un trabajo de campo extremadamente detallado con un igualmente notable trabajo de archivo (tanto en los gallegos como en el de Simancas) y con la consulta de una ingente bibliografía. No es exagerado decir que conoció todos los rincones de Galicia, como se advierte, por ejemplo, en la exactitud con que describe los límites de las distintas formas de organización agraria, descendiendo hasta la escala parroquial; o en el profundo conocimiento del vocabulario empleado por los campesinos de cada comarca para denominar los diversos componentes del espacio agrario, los cultivos, los instrumentos o las técnicas empleadas. El resultado de sus esfuerzos, después de otros dos años adicionales de redacción y elaboración cartográfica, se plasmará en la monumental tesis de Estado que presenta en la Universidad de Rennes el 19 de noviembre de 1977, ante un tribunal presidido por Xavier de Planhol, y del que formaban parte, además de Pierre Flatrès (director del trabajo) Alain Huetz de Lemps, Pierre Brunet, Jean Mounier y André Meynier; y que fue publicada dos años más tarde (Bouhier, 1979). A las más de 1.500 páginas del texto publicado, sin incluir los mapas anejos, habría que añadir las dedicadas al análisis de fuentes, a la relación completa de la bibliografía consultada (más amplia que la citada en notas a pie de página) y a un pequeño vocabulario de los términos agrarios específicamente gallegos utilizados a lo largo del trabajo, que el autor debió renunciar a incluir dado el alto coste de la edición.

Aún sin ellas el conjunto resulta impresionante. Se inicia con un capítulo introductorio en el que resume las principales características del medio físico gallego, resaltando especialmente los matices climáticos derivados de la posición meridional de Galicia dentro del área de clima oceánico y de la compartimentación de su relieve (con predominio de tierras de altitud media) Esa variedad influirá en el desarrollo del tapiz vegetal y en la posibilidad o no de practicar determinados cultivos. También presenta brevemente los principales rasgos humanos: pequeño tamaño y gran diseminación espacial de las células de poblamiento (sean casas aisladas, aldeas o pueblos), que se insertan en un espacio agrícola discontinuo y fragmentado; y densidades de población que, incluso prescindiendo de los núcleos urbanos, son bastante elevadas.

El resto de la obra se estructura en tres grandes partes. La primera analiza las “formas de organización agraria”: la localización, organización interna y componentes de los terrazgos (*terroirs*), denominación que usa en sentido un tanto diferente (como hace notar Flatrès, 1981, en la recensión de su obra) a los habituales en geografía agraria: “un conjunto de tierras directamente utilizadas para la agricultura y

dependientes de núcleos de habitat aut6nomos de car6cter agr6cola m6s o menos marcado” (p6g. 97); excluye, por tanto, los espacios forestales, mayoritarios en Galicia por razones que Bouhier explicar6 mejor que nadie. Y aunque tenga en cuenta los diversos componentes del terrazgo (huertas, corti6as, prados, sotos de casta6os, desigualmente representados en cada caso) el criterio de clasificaci6n ser6n las caracter6sticas del elemento central del mismo: las tierras de labrad6o. Su organizaci6n le servir6 para distinguir cuatro grandes tipos: los bancales y terrazas, los campos cercados, las agras y los “openfields”, adem6s de algunas formas agrarias particulares que ocupan extensiones reducidas. En cada uno de ellos analiza la localizaci6n del terrazgo y sus relaciones con la topograf6a, la extensi6n que ocupa, sus componentes b6sicos, el tipo de cercas y su estado de conservaci6n, las distintas modalidades del entramado parcelario y los problemas de acceso a las tierras de cultivo. Relaciona todos esos aspectos con la estructura de las c6lulas de poblamiento, de las que establece una tipolog6a mucho m6s compleja y matizada que la del trabajo cl6sico de Niemeier (1945) o las hechas luego por autores gallegos como Fari6a Tojo (1980); para cada tipo estudia la estructura interna del n6cleo, su localizaci6n respecto al terrazgo, sus posibilidades de expansi6n, el crecimiento en el 6ltimo siglo (a partir de los datos suministrados por el diccionario de Madoz y los Nomencl6tores posteriores) y las posibles transformaciones recientes: las debidas a la urbanizaci6n, por ejemplo.

El primer gran conjunto se caracteriza por la distribuci6n de las tierras labradas en bancales (cuando el sost6n externo es un talud de tierra) o terrazas (sostenidas por muros de piedra o mezcla de muros y taludes) escalonados a lo largo de vertientes m6s o menos pronunciadas. Se localiza de modo discontinuo en tres 6reas litorales: las Mari6as, en torno a Coru6a-Betanzos-Ferrol; el suroeste litoral y mi6oto, de la margen sur de la r6a de Arousa a Tui; y lo que el autor llama la franja costera del extremo noroeste, de Valdovi6o a Xove. Se trata de 6reas (con la excepci6n parcial de la 6ltima) muy densamente pobladas, donde la influencia urbana y los modos de vida mixtos se han dejado sentir con fuerza desde hace tiempo; en ellos es donde los asentamientos rurales presentan el grado m6ximo de complejidad (aldeas polinucleares, aldeas-“nebulosa”, etc.) y donde proliferan viviendas de construcci6n relativamente reciente. El grado de fragmentaci6n parcelaria es muy alto, sobre todo en el suroeste, y la cantidad de tierras disponibles por vivienda resulta escasa, aspecto compensado por sistemas de cultivo muy intensivos y con rendimientos elevados. La m6xima complejidad y mayor perfecci6n de esta forma de organizaci6n agraria se alcanza tambi6n en el suroeste, que parece (junto con el vecino Minho portugu6s) ser su “hogar de origen”, el lugar donde se elabor6 m6s temprano (a partir de los siglos XV-XVI), ya que no es un paisaje originario, sino derivado de la organizaci6n en agras que veremos luego; el extremo noroccidental ser6a la zona donde se ha constituido en 6poca m6s reciente (2^a mitad del siglo XIX-comienzos del XX).

El segundo conjunto son los terrazgos de campos cercados (*enclos*) de las montañas septentrionales, a caballo entre las provincias de A Coruña y Lugo. Se caracterizan por el cercado de todas las parcelas de cultivo con taludes, muros o setos vivos; por la escasa superficie que ocupa la superficie agrícola útil comparada con las amplias extensiones de landa atlántica entre las que se halla enclavada; y porque en el interior del terrazgo no hay una distinción nítida entre las tierras labradas y los tojales, pudiendo ser éstos cultivados temporalmente (mediante rozas) o aquellas sembradas temporalmente a tojo, utilizado primero como pasto y luego para producir “estrume”. Los terrazgos de campos cercados aparecen asociados a núcleos de población de muy pequeño tamaño: casas aisladas, agregados elementales de 2 a 3 viviendas, pequeñas aldeas de estructura laxa. Paradójicamente, las parroquias son muy extensas, y por ello existe un escalón intermedio entre el conjunto parroquial y la aldea conocido como barrio o “burgo”. El número de viviendas de estos núcleos permanece relativamente estable, independientemente del mayor o menor crecimiento demográfico, debido a que muchas fueron lugares acasados en régimen de tenencia indirecto (aparcería o arrendamiento) y a la coexistencia de varias generaciones bajo un mismo techo (“compañía familiar”). Es ésta la única zona de Galicia que, con algunas matizaciones sobre la extensión del terrazgo, el papel del monte y el sistema de cultivo, se puede relacionar con los paisajes clásicos de *bocage* y habitat disperso típicos de la Francia occidental.

El tercer conjunto, el que ocupa la mayor parte de Galicia, es la organización del terrazgo en “agras” o “agros” (que en algunas comarcas reciben otras denominaciones específicas). Ese nombre alude a bloques de parcelas abiertas, en general de forma alargada, rodeadas por una cerca exterior común, de características variables, pero mantenida de manera colectiva y que protege a las tierras labradas de las incursiones del ganado; el tamaño de los bloques oscila entre 6-8 ha. (los más pequeños) y las 20-22 ha. (los más grandes), y cada aldea posee al menos dos o más, aunque los entrecruzamientos de propiedad hagan difícil delimitar a qué núcleo corresponde cada agra. Cada agra estaba aún sometida en los años sesenta a rotación de cultivos obligatoria (cultivo “a dos manos”), establecida a nivel sólo del agra, y no del conjunto del terrazgo de la aldea o parroquia, lo que permitía una cierta flexibilidad a la hora de introducir novedades; como no todas las parcelas tenían acceso a los caminos de servicio, había servidumbres de paso por sus cabeceras en las épocas de siembra y recolección. Los demás elementos del terrazgo (las huertas y cortiñas de las inmediaciones de las viviendas, los prados, los tojales periféricos) solían estar cercados. Las agras van asociadas al predominio de la aldea como célula base del poblamiento: aldeas relativamente pequeñas y de estructura laxa al norte; de tamaño mayor, cada vez más individualizadas y de estructura compacta a medida que avanzamos hacia el

sur. Dada la enorme extensión ocupada por esta forma de organización agraria, en su interior se distinguen varios subconjuntos: en el norte, una zona donde coexisten los campos cercados típicos de las montañas septentrionales y las agras de pequeño tamaño; en torno al suroeste litoral y miñoto (de la ría de Muros hasta la parte occidental de la provincia de Ourense), un área con organización mixta en agras y bancales o terrazas; y dentro del área en que las agras de tamaño relativamente grande son exclusivas, presentan algunas peculiaridades las montañas orientales lucenses o la parte central de la provincia orensana. La organización en agras es semejante a la existente en otras regiones atlánticas, especialmente a las *erías* asturianas, las *gaigneries* de Vendée o los *mejous* de Bretaña; en otros lugares de la cornisa cantábrica, de la Francia occidental o de las islas Británicas las formas equivalentes son residuales, peor conservadas o ya han desaparecido.

El cuarto y último de los grandes conjuntos reconocidos por Bouhier son los grandes “openfields” del extremo sureste gallego (la parte más oriental de la provincia de Ourense). Las tierras de labradío son parcelas totalmente abiertas, sin nada que las separe del monte; los terrazgos son relativamente extensos en el contexto gallego, y la parte principal del espacio cultivado se organiza en dos grandes hojas (“folladas” o “faceiras”) con rotación de cultivos estrictamente obligatoria: un año de centeno y otro de barbecho. Este sistema va asociado a la presencia de un habitat concentrado en grandes pueblos (no ya aldeas) de estructura compacta, sean de núcleo único o de “barriadas”, que difuminan totalmente la estructura parroquial en el caso de que no coincidan plenamente con ella (un pueblo=una parroquia) y con solidaridades comunitarias extremadamente fuertes: papel muy destacado del “concello” del pueblo, pastoreo colectivo estrictamente reglamentado, a veces horno o molino comunales, etc. En suma, un sistema agrario de campos abiertos y habitat concentrado de tipo castellano-leonés, prácticamente igual al de las áreas más próximas de León y Zamora o al del Trás-Os-Montes portugués.

Por último quedan algunas formas agrarias particulares que ocupan extensiones reducidas: los viñedos en pequeñas terrazas de las ribeiras del Miño medio y del Sil y algunos de sus afluentes (Bibeí, Cabe, Avia, Barbantiño); los pequeños openfields de tipo atlántico existentes en el bajo Ulla o algunos valles cantábricos; y los terrazgos embrionarios en los que no se ha llegado a consolidar un espacio cultivado permanente, y que aparecen dispersos en las montañas septentrionales o en el sureste, pero que Bouhier considera claves para explicar el origen de otras formas de organización agraria, de las que constituyen un esbozo muy primitivo.

Toda esta primera parte, la que aborda cuestiones más específicamente geográficas y menos tratadas por especialistas de otras disciplinas científicas, refleja la situación existente en los años sesenta; aparecen, desde luego, a lo largo del texto alusiones

nes a las transformaciones que estaban experimentando aspectos básicos de esas formas de organización agraria, tales como la “desestructuración” de las agras o el abandono de sus cercados exteriores, la relajación del sistema de cultivos “a dos hojas” del sureste, los problemas de las servidumbres de paso, etc. Bouhier defenderá siempre la transformación progresiva de las viejas estructuras (cuya racionalidad no solía ser comprendida por los técnicos de los organismos oficiales) teniendo en cuenta la gran variedad de matices y situaciones existentes. Quizás por eso, y también porque le interesaba lo específico del “*vieux complexe agraire*” antes de que desapareciese por completo, hay una gran ausencia en su análisis de los paisajes agrarios: los trabajos oficiales de concentración parcelaria, a los que sólo alude muy indirectamente, y que ya en esos años estaban transformando radicalmente las formas preexistentes, especialmente en algunos sectores de la Galicia de las agras (los valles del Tambre y del Ulla, por ejemplo), dando lugar a paisajes con bastantes semejanzas formales a los “open-fields” atlánticos de los que él habla.

La segunda parte de su obra analiza el sistema agrícola, sus relaciones con las estructuras de propiedad y explotación y los resultados económicos obtenidos. Se inicia con un análisis de las formas de utilización del suelo a partir de los datos del Catastro de Rústica (que considera la fuente más fiable), resaltando la débil extensión de la “superficie utilizada de modo directo y constante” (entre un cuarto y un tercio de la total), cuya composición entra a analizar detalladamente: los cultivos especializados (escasísimos o desaparecidos), los viñedos, los sotos de castaños, los prados y su importancia en relación con las tierras labradas, centrándose de modo muy especial en los sistemas de cultivo practicados en estas últimas. Para reconstruirlos se basa en encuestas personales (que le permiten cartografiar con extremo detalle los tipos de rotaciones predominantes en cada municipio en los años sesenta, o realizar consideraciones muy atinadas sobre las formas de calcular rendimientos y producciones en una agricultura tradicional practicada sobre terrenos de calidad muy heterogénea) y en un amplio uso de documentación histórica de todo tipo, especialmente las informaciones facilitadas por el Catastro de Ensenada, que le permite reconstruir la evolución en los dos últimos siglos. En resumen, las rotaciones más complejas e intensivas se siguen dando hoy en el suroeste y sus proximidades, y en general a lo largo del litoral (dos cosechas al año); en la mayor parte de las agras del interior predominan rotaciones bienales (tres cosechas cada dos años); en el centro y sur de la provincia de Lugo empieza a aparecer tímidamente la alternancia centeno-barbecho que se hará general en el sureste, el área con un sistema más extensivo y de menores rendimientos.

Pero quizás la parte más original y mejor lograda de esa obra maestra que es “*La Galice...*” está en el capítulo 4º de esta segunda parte: el dedicado al monte como “soporte tradicional” del conjunto del sistema agrario. La explicación de la amplia

extensión ocupada por las formaciones de landa y, en relación con ella, la escasez y discontinuidad de las tierras cultivadas, que aparecía esbozada en la obra de Jesús García Fernández (1975), es desarrollada en toda su amplitud por Bouhier. Expone sucesivamente una tipología detallada del entramado parcelario (que no coincide con las formas de organización del espacio cultivado); un sutil análisis del régimen de propiedad del monte común, reintroduciendo la distinción fundamental entre montes de voces y montes de vecinos, que había sido olvidada por todos los estudiosos de los siglos XIX y XX; una panorámica histórica de los repartos contemporáneos de montes y su transformación en tierras de propiedad particular; y una descripción exhaustiva de los usos y funciones tradicionales del monte (las rozas o estivadas, que distingue de las roturaciones temporales con alternancia centeno-barbecho durante períodos más largos; la corta del tojo para “estrume” y el pastoreo del ganado, sea ovino, vacuno o caballar). Las distintas modalidades de apacentamiento del ganado, que cartografía, al igual que la práctica de rozas, con extremada precisión, y su papel en la génesis de las formas de organización agraria son aspectos, que sepamos, no tratados anteriormente por nadie. Concluye analizando las repoblaciones forestales, especialmente las realizadas por la Administración, que han conducido a una “esclerosis” del monte: cuando era técnicamente posible aumentar las tierras cultivadas a expensas del mismo, éste ha quedado fijado en sus límites tradicionales; la extensión de las praderas, que debió hacerse mediante roturaciones, se ha hecho a costa de las tierras de cultivo, cuyo sistema de aprovechamiento merecía ser conservado y mejorado.

Este apartado es, probablemente, el más valorado y mejor conocido (o menos desconocido) de la obra de Bouhier, y el que ha tenido más influencia en estudios posteriores. Todos los trabajos recientes sobre el monte y sus aprovechamientos, sean obra de historiadores, geógrafos, economistas o agrónomos, no dejan de citarlo y reconocer lo fundamental de su aportación. Séanos permitido citar aquí, entre los muchos existentes, las obras históricas de Pegerto Saavedra (1982, entre otros) o de Ofelia Rey (1995) para la Edad Moderna, o los de Xesús Balboa (1990) o Eduardo Rico (1995) para la Contemporánea: todos ellos reconocen su deuda con el geógrafo vendeano. Y su nombre fue citado más de una vez en el curso de los debates de la comisión del Parlamento gallego que en 1989 elaboró la última Ley de Montes Vecinales en Mano Común. Lamentablemente, sus consejos han sido poco seguidos por los responsables políticos y los técnicos encargados de aplicar la política agraria, y más específicamente la forestal.

Regresando a la segunda parte de “*La Galice...*”, ésta continúa con un análisis de la estructura de las explotaciones, basada en los dos primeros censos agrarios, y sus relaciones con el sistema agrícola: las necesidades de trabajo humano y los límites que imponen a la extensión de tierras trabajadas por una familia; las primeras fases de la

motorización y mecanización agrarias; los tipos de explotaciones predominantes en cada comarca y sus relaciones con la propiedad de la tierra, de la que también da una panorámica extremadamente penetrante, recalcando lo reciente de la identificación pequeña propiedad-pequeña explotación, no solo por el predominio de los foros hasta los años veinte, sino por la importancia no desdeñable que en el pasado tuvieron el arrendamiento o la aparcería. Y concluye con un análisis de los resultados económicos obtenidos por el minifundio gallego: los rendimientos agrícolas son notables, teniendo en cuenta el capital y los medios técnicos de que se dispone; los ingresos monetarios derivan sobre todo de la comercialización del ganado bovino, cuyos sistemas de cría y alimentación también alcanzan un grado bastante avanzado de perfección (se trata aún del sistema tradicional orientado a la producción de carne: la especialización láctea apenas aparece esbozada). En suma, el sistema agrario gallego es claramente superior, en la mayoría de los casos, al vigente en el interior peninsular, y ha sido capaz de sostener densidades de población bastante elevadas; pero el nivel de ingresos, obtenido a costa de una enorme acumulación de trabajo, es bastante mediocre, y no ha sido capaz de evitar una emigración generalizada. No obstante, al menos ciertos tipos de explotaciones o de orientaciones productivas tienen potencialidades apreciables de mejora.

La tercera parte de la obra de Bouhier, la más específicamente histórica, trata de rastrear la “génesis del complejo agrario”, resaltando la gran antigüedad de sus componentes básicos. Para ver el pequeño tamaño y la diseminación de las células del poblamiento se remonta a la prehistoria, realizando, entre otras cosas, una cartografía exhaustiva de la distribución de los castros (los catalogados, los identificados sobre la foto aérea o a partir de la toponimia); pasando luego por las “villas” y “casales” de la Edad Media y concluyendo en los datos del Catastro de Ensenada. Respecto a las formas de organización agraria, la más antigua serían los campos cercados de las montañas septentrionales, que se remontan al menos a la Edad del Bronce; luego vendrían las agras, que progresando de sur a norte arrinconan progresivamente a los anteriores, y que existen con seguridad desde los siglos X-XI, y con probabilidad desde bastante antes; la organización en dos hojas de los campos abiertos del Sureste data, al menos, del siglo XIII. En cuanto a los bancales y terrazas, derivarían de una organización en agras modificada en fechas históricas bastante próximas a nosotros (comienzos de la Edad Moderna para el suroeste, finales de la misma para las Mariñas). También es bastante antigua la pequeñez del terrazgo en relación a la superficie total, como se deduce de testimonios documentales fragmentarios de carácter muy variado, que el autor es capaz de engarzar en un conjunto bastante coherente. El papel del foro, cuya evolución histórica también trata, es el de recubrir o consolidar formas de organización agraria ya establecidas en sus grandes líneas. Y concluye, por fin, con un análisis

pormenorizado de la evolución de las densidades demográficas en las distintas épocas históricas, a partir de la baja Edad Media. Esta tercera parte es la que nos sentimos menos capacitados para valorar; pero varios historiadores gallegos especialistas en distintas épocas, desde la Prehistoria a la Edad Contemporánea, cuya opinión hemos podido escuchar a lo largo de los últimos años, coinciden en señalar lo fundamentado de sus conclusiones a nivel general (aunque disientan en cuestiones de matiz, o puedan desear una mayor profundización en determinados aspectos) y su asombro de que un investigador individual haya podido abordar cuestiones y épocas tan diversas con tal grado de competencia.

Pocas obras demuestran un conocimiento tan profundo de la lógica de la explotación familiar campesina y de la racionalidad de muchas prácticas agrarias que los técnicos de los años cincuenta y sesenta (e incluso los actuales) consideraban atrasadas y “bárbaras”. Abel Bouhier concluye su trabajo realizando una vigorosa defensa de las virtudes del sistema agrario tradicional gallego, que contrasta con la valoración globalmente negativa que del mismo hace la obra prácticamente contemporánea de Jesús García Fernández, que insiste en su atraso cuando lo compara con la modernización ganadera del resto de las regiones de la España atlántica (García Fernández, 1975); o con las reticencias de Pierre Flatrès acerca del futuro que le aguardaba a una agricultura de ese tipo en el marco de la Política Agrícola Común de la entonces C.E.E. (Flatrès, 1981). “*La Galice...*”, que considera siempre al complejo agrario gallego en el contexto de las agriculturas atlánticas, es un testimonio de primera mano y altamente cualificado de la fase final de ese viejo sistema, en la época que va desde finales de los años cincuenta a comienzos de los setenta, cuando estaba empezando a experimentar las transformaciones radicales que iban a dejarlo casi irreconocible en muy poco tiempo; cambios que considera con frecuencia poco meditados, desconocedores de las potencialidades de evolución desde el interior del sistema y adaptados más bien a las necesidades de una minoría de campesinos acomodados, abandonando a su suerte a los demás. Aspecto este último que desarrollará con amplitud en sus trabajos más recientes (y, desgraciadamente, algo menos conocidos).

Las investigaciones de Bouhier sobre Galicia no concluyeron con la publicación de su obra magna. Siempre se mantuvo al corriente de las últimas novedades bibliográficas, como prueba la decena de reseñas de obras de geógrafos gallegos que publicó en la revista *Norois* entre 1988 y 1996; y solicitó con cierta frecuencia de los organismos oficiales (como la Consellería de Agricultura o el Instituto Galego de Estadística) las últimas informaciones estadísticas disponibles. Además, realizó al menos otras dos breves estancias de trabajo en Galicia en 1981 y 1983 (durante las que, en el curso de sus visitas al Departamento de Geografía de la Universidad de Santiago, tuvimos ocasión de conocerle personalmente), desplazamientos que le permitieron com-

probar sobre el terreno lo avanzado de la descomposición de algunos aspectos básicos de las formas de organización agraria cuya coherencia interna tan bien había descrito. El resultado fueron las seis publicaciones que pasamos a comentar brevemente.

En las dos primeras (Bouhier, 1983 y 1985) expone las transformaciones que, como consecuencia del éxodo rural, la modernización de las técnicas de cultivo y la caída en desuso de las viejas normas, tuvieron lugar en dos sectores concretos: los grandes openfields del extremo sureste y la región de Lalín, esta última representativa de la Galicia de las agras; cambios que se empezaban a notar ya desde fines de los años sesenta. En el primer caso una emigración muy fuerte, con el consiguiente envejecimiento y escasez de mano de obra, y las dificultades de la motorización y mecanización en un contexto de graves dudas acerca de la viabilidad futura de las mismas explotaciones agrarias (y de cualquier inversión en ellas) han conducido a un puro y simple abandono, más o menos pronunciado según los casos: cese total del cultivo de la parte fundamental del terrazgo (las tierras de centeno) en algunos pueblos; abandono selectivo y limitado a las tierras más marginales en otros; desordenado y abarcando parcelas situadas en cualquier lugar en otros terceros. En conjunto, el extremo sureste gallego es una de las áreas de economía rural más frágil y donde el futuro de cualquier actividad agraria resulta más comprometido. En la comarca de Lalín la “desestructuración” de las agras ha tenido resultados ambiguos, pero ha evitado ese abandono generalizado de la agricultura. El derribo de la cerca exterior del agra (aquí “agro”) y la ruptura de la rotación de cultivos obligatoria se ha hecho de manera desordenada, dando lugar al mismo tiempo a fenómenos de intensificación forrajera (introducción de la pradera artificial o del cultivo prácticamente continuo del maíz) y de extensificación en las parcelas de los agricultores no modernizados (con aparición del barbecho temporal). El grado de resistencia a las transformaciones en cada aldea o parroquia depende de la estructura de las explotaciones agrarias y, en definitiva, de la composición social de las comunidades rurales; de modo bastante penetrante, observa que los cambios más pronunciados han tenido lugar en el “rural profundo”, más que en el área de influencia directa de la villa, donde las actividades complementarias actúan de colchón frente al abandono total del viejo sistema. Ambos trabajos reflejan bien la ambivalencia de los cambios, la desigualdad con que afectan a distintos tipos de explotaciones o comarcas y la importancia del trabajo de campo a la hora de advertir matices que ningún análisis basado sólo en las estadísticas oficiales sabría recoger.

Otros dos trabajos (Bouhier, 1984 y 1994) son de ámbito general y acerca de un tema que el geógrafo vendeano domina a la perfección: los usos tradicionales del monte y sus cambios recientes. En ellos recuerda los principios básicos del viejo sistema: el monte como soporte fundamental del mismo, su régimen jurídico y sus siste-

mas de aprovechamiento y el golpe de muerte que para ellos supusieron las repoblaciones forestales masivas. Expone luego la crisis y desaparición progresiva de esas funciones tradicionales (las rozas, la corta de tojo, la ganadería extensiva) y la conversión del monte en un terreno marginal, totalmente desconectado de las superficies de cultivo: pese a las esperanzas suscitadas por la devolución de los montes colectivos a las comunidades vecinales propietarias, una recuperación de los viejos usos adaptada a una economía agraria moderna presenta ciertas dificultades. En todo caso insiste, en el primero de los trabajos citados, en el peligro que supone seguir la vía más fácil: entregar los montes vecinales a repoblaciones en convenio con la Administración o empresas particulares sin explorar otras posibles alternativas, como un aprovechamiento ganadero renovado o la ampliación del terrazgo. El segundo trabajo, que toma nota de la progresión de las repoblaciones con coníferas o eucaliptos no ya sobre el monte, sino en las mismas tierras de cultivo, se cierra con la amarga reflexión de que *“on ne peut s’empêcher de penser que, au prix d’un plus grand déploiement d’imagination de la part des services administratifs et des techniciens, les landes de Galice auraient pu connaître, avant qu’il ne fût trop tard, un meilleur sort”* (Bouhier, 1994, p. 534).

Poco diremos sobre el artículo en el que aborda el reverso de la moneda de los espacios rurales a los que dedicó la parte sustancial de su producción científica: la red urbana gallega (Bouhier, 1996), aunque en él muestre también un conocimiento notable de los problemas actuales del eje urbano atlántico que va de Vigo a Coruña (con un Ferrol mal integrado en él), de la proliferación y vitalidad de las villas costeras o de lo que llama la “atonía urbana” de las provincias interiores, en las que la influencia de las capitales no logra insuflar vida al conjunto del sistema urbano. Nos detendremos algo más sobre lo que podríamos considerar como su legado testamentario: el trabajo publicado póstumamente en el que sintetiza las transformaciones de los últimos treinta años y que formaba parte de un proyecto más amplio sobre la situación actual de los espacios rurales de Galicia (Bouhier, 1998).

En él recuerda la importancia de colocar esos cambios en un contexto histórico de larga duración que no se limite a contraponer “tradicción” y “progreso”, ya que este último no ha borrado del todo las huellas de las viejas estructuras, de modo que la agricultura actual presenta muchos rasgos contradictorios y ambiguos y *“offre l’image d’un palimpseste insuffisamment gratté et mal récrit”* (pág. 34). Pasa luego revista a cada uno de los problemas fundamentales: el bloqueo de la ampliación de la superficie agrícola útil que, salvo en algunas comarcas, continúa ocupando extensiones inferiores a la mitad de la superficie total censada en 1989, y en el peor de los casos menos del 20% de la misma, y que resultaba técnicamente posible ampliar a expensas del monte; las escasas transformaciones habidas en la estructura de las explotaciones

agrarias, que continúan siendo de superficie reducida y altamente parceladas, sin que una concentración parcelaria que avanza con lentitud haya modificado mucho este estado de cosas; el carácter tardío, aunque extremadamente rápido y con algunos aspectos aberrantes (por lo excesivos), de la motorización de la agricultura, aunque la mecanización efectiva haya progresado más despacio. Se demora un poco más en la principal novedad: la especialización en vacuno de leche de las explotaciones medianas o “grandes” (a escala gallega) que ha tenido lugar en algunas comarcas: el interior de A Coruña, en noreste de Pontevedra y varios sectores de la provincia de Lugo, muy avanzada en algunos casos y combinada con la orientación cárnica tradicional en otros. En conjunto, estas áreas constituyen la Galicia agrícolamente útil, ya que en el resto, especialmente en la mayor parte de la provincia de Ourense, de las sierras orientales o de las áreas periurbanas y costeras, el futuro de la profesión de agricultor se presenta bastante comprometido. Completan el trabajo análisis del retroceso de los principales cultivos destinados a la alimentación humana (centeno, trigo, patata), el reducido alcance de la especialización en producciones agrícolas (la hortofruticultura, el viñedo y sus problemas de cara al futuro) y el carácter inestable de la ganadería sin tierras (granjas de porcino y aves), que puede haber dado lugar a notables realizaciones técnicas y financieras, como es el caso de las granjas de COREN; pero acerca de las que *“on peut aussi se demander ce qu’elles ont a voir avec l’agriculture vraie et avec les structures sociales de la paysannerie”* (Bouhier, 1998, pág. 55). Concluye recalando el carácter geográficamente concentrado de la modernización agraria, el relativo atraso de Galicia respecto a otras regiones atlánticas y la necesidad de una reestructuración prudente, pero no eliminación drástica, de las explotaciones agrarias existentes.

En resumen, la obra de Abel Bouhier es un magnífico ejemplo de las virtudes de los estudios agrarios de carácter exhaustivo típicos de la geografía clásica francesa; ejemplo tardío, en cuanto a que de investigaciones de tal amplitud y profundidad (y tan exigentes en tiempo y paciencia) se hacen cada vez más raras en los últimos años. Muchos aspectos dignos de más atención han quedado sin tratar aquí, entre ellos el espléndido anexo cartográfico que acompaña al texto impreso y que proporciona informaciones extremadamente útiles, no recopiladas por ningún otro estudioso. Su influencia se ha dejado sentir en las investigaciones acerca del mundo rural gallego realizadas en los últimos años por especialistas de disciplinas muy diversas, desde geógrafos e historiadores hasta economistas, agrónomos o edafólogos; pero sería sin duda aún mayor si su obra magna estuviese traducida, lo que la pondría al alcance de un público más amplio. Esa traducción, por la que hacemos votos aquí, resulta cada vez más necesaria si tenemos en cuenta la posición marginal que el francés ocupa hoy en el sistema educativo de nuestro país, situación que tenderá a reducir la influencia de

la obra de Abel Bouhier entre las generaciones m6s j6venes de investigadores. Una difusi6n lo m6s amplia posible de su obra es el mejor homenaje que podemos hacer a este ge6grafo de la Vend6e que dedic6 tantos a6os de su vida al estudio de la Galicia rural, y que lamentablemente, como sucede m6s de una vez, nos ha abandonado cuando pod6an esperarse nuevos frutos de su esfuerzo intelectual, tal como queda de manifiesto en sus 6ltimas publicaciones.

Bibliograf6a citada:

- BALBOA, X. (1990): *O monte en Galicia*. Vigo, Ed. Xerais, 359 pp.
- BLOCH, M. (1931): *Les caract6res originaux de l'histoire rurale fran7aise*. Paris, Les Belles Lettres, 2 vols.
- BOUHIER, A. (1979): *La Galice. Essai g6ographique d'analyse et d'interpretation d'un vieux complexe agraire*. La Roche-sur-Yon, Imprimerie Yonnaise, 2 vols., 1.516 pp+24 cartes hors-texte.
- BOUHIER, A. (1983): "Les ph6nom6nes r6cents de degradation des formes d'organisation agraire en openfield de l'Extreme Sud-Est galicien". *Revue G6ographique de l'Est*, XXIII, n6 3-4, pp. 277-290.
- BOUHIER, A. (1984): "Las formas tradicionales de utilizaci6n del monte. Su evoluci6n reciente. Las perspectivas de porvenir". En *II Xornadas de estudo sobor do tema "Os usos do monte en Galicia"*. Sada-A Coru6a, Edici6s do Castro, pp. 11-28.
- BOUHIER, A. (1985): "L'evolution r6cente des terroirs a 'agras' de la Galice. L'exemple de la r6gion de Lal6n (province de Pontevedra)". En *Transformations historiques du parcellaire et de l'habitat rural. Actes du Symposium de g6ographie historique de Nancy, 21-25 Ao6t 1984*. Presses Universitaires de Nancy, pp. 105-143.
- BOUHIER, A. (1994): "Les landes de Galice. D'une utilisation r6cemment encore fondamentale 6 l'actuelle marginalisation". *Norois*, t. 41, n6 164, pp. 515-534.
- BOUHIER, A. (1996): "Le r6seau de villes de la Galice". *Norois*, t. 43, n6 171, pp. 623-645.
- BOUHIER, A. (1998): "Lourdeurs du pass6 et mutations r6centes: la situation actuelle de l'agriculture galicienne (1965-1996)". *Annales de G6ographie*, n6 599, pp. 33-58.
- CHOLLEY, A. (1946): "Probl6mes de structure agraire et d'6conomie rurale". *Annales de G6ographie*, n6 55, pp. 91-101.
- DEMANGEON, A. (1942): *Probl6mes de g6ographie humaine*. Paris, Armand Colin, 405 pp.

- FÉNELON, P. (1991): *Dictionnaire d'histoire et de géographie agraire*. Paris, P.U.F., 814 pp.
- FARIÑA TOJO, J. (1980): *Los asentamientos rurales en Galicia*. Madrid, Instituto de Estudios de la Administración local, 133 pp.
- FLATRÈS, P. (1957): *Géographie rurale de quatre contrées celtiques. Irlande, Galles, Cornwall et Man*. Rennes, Librairie Universitaire J. Plihon, 618 pp.
- FLATRÈS, P. (1981): "Compte rendu de *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*, de A. Bouhier". *Norois*, t. 28, n° 111, pp. 420-424.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1975): *Organización del espacio y economía rural en la España atlántica*. Madrid, Siglo XXI, 333 pp.
- MEYNIER, A. (1970): *Les paysages agraires*. Paris, Armand Colin, 5ª ed., 192 pp.
- NIEMEIER, G. (1945): "Tipos de población rural en Galicia". *Estudios Geográficos*, n° 19, pp. 301-327.
- REY CASTELAO, O. (1995): *Montes y política forestal en la Galicia del Antiguo Régimen*. Santiago, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade, 296 pp.
- RICO BOQUETE, E. (1995): *Política forestal e repoboacións en Galicia (1941-1971)*. Santiago, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade, 202 pp.
- SAAVEDRA, P. (1982): "Los montes abiertos y los concejos rurales en Galicia en los siglos XVI-XVIII: aproximación a un problema". *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. XXI, n° 98, pp. 179-236.
- SOUMAGNE, J. (1990): "Introduction". En *Paysages et sociétés. Péninsule Iberique, France, régions atlantiques. Mélanges en hommage au Professeur Abel Bouhier*. Poitiers, Centre de Géographie Humaine et Sociale, pp. 1-2.